

El sufrimiento en el matrimonio a la luz del Magisterio de Juan Pablo II

Francisco José Rodríguez Cortés y M^a Carmen Tarancón Merlo

1. El sufrimiento como problema
2. La salvación de Jesucristo como respuesta al problema del sufrimiento
3. El sufrimiento en el matrimonio y la familia



El sufrimiento es compañero inseparable del ser humano. Siempre inquieta e interfiere en la vida del hombre. No se puede vivir excluyendo el dolor aunque la sociedad actual trate de eliminarlo. A lo largo de la vida van apareciendo pruebas y dificultades para las que debemos estar preparados.

El sufrimiento existe, a pesar de nuestra lucha por combatirlo. Es un malestar que abarca la vida del hombre en sus distintas dimensiones: física, psíquica, emocional, familiar, religiosa... Es por otra parte, uno de los grandes retos para la madurez: o nos hace más humanos y más divinos, o nos rompe en mil pedazos.

El sufrimiento lleva a afrontar la vida de distinta manera, ayuda a recolocar la escala de valores y a clarificar lo que realmente vale la pena.

El sentido del sufrimiento tiene mucho de misterio y seguramente nunca se llegará a captarlo en su totalidad. En la sociedad actual todo está diseñado para esquivar el sufrimiento. Sólo se acepta el lado plácido de la vida. Se ha hecho del bienestar un valor absoluto. Es una realidad que busca abolir todo tipo de dolor. Por eso, cuando llega el sufrimiento, se queda muda, no tiene recursos y busca el fin por el fin.

Ante este planteamiento surge nuestro propio sufrimiento, en nosotros encarnado en la enfermedad. Las experiencias de dolor vividas marcan un antes y un después en nuestra historia personal, matrimonial y familiar.

Tras el paso por el Máster en Pastoral Familiar nos hemos dado cuenta de que en toda persona, y en concreto en todo matrimonio, hay una experiencia de sufrimiento que iluminar. Así, ha surgido en nosotros la inquietud de profundizar en este tema, pues es fundamental ser conscientes de que lo importante no es el por qué sufrir sino el para qué, convirtiéndose así el sufrimiento en una auténtica pedagogía.

La tesina se ha estructurado en tres capítulos:

Capítulo 1: El sufrimiento como problema

Partimos de la realidad del hombre: el sufrimiento existe.

Capítulo 2: La salvación de Jesucristo como respuesta al problema del sufrimiento

Jesucristo experimenta el sufrimiento y lo redimensiona.

Capítulo 3: El sufrimiento en el matrimonio y la familia

Se trata de ver cómo afecta el sufrimiento al matrimonio y cómo los padres pueden convertirlo en una auténtica pedagogía para enseñar a los hijos a vivir de una determinada forma y puede ayudar a dar sentido a la vocación al amor a la que son llamados.

En definitiva, nuestro objetivo con esta tesina es ofrecer un material que sirva tanto a los matrimonios para iluminar su paso por la noche oscura del sufrimiento como para quienes están al servicio de los matrimonios y las familias para ayudarles a vivir cualquier experiencia de dolor.

Y siempre teniendo como fondo que Dios es Padre, que nos quiere como seres únicos e irrepetibles y que nos capacita para iluminar y dar sentido a todas las situaciones de sufrimiento que aparezcan en nuestra vida. Con todo ello, y al superar los obstáculos, miraremos con otros ojos el regalo de la vida, seremos más sensibles ante el dolor y sufrimiento ajeno, y más fuertes y maduros para afrontar el resto de retos que la vida diariamente nos plantea.

CAPÍTULO 1 “EL SUFRIMIENTO COMO PROBLEMA”

EL SUFRIMIENTO COMO REALIDAD PLURIDIMENSIONAL

El dolor y el sufrimiento forman parte de la vida de todo hombre convirtiéndose en un problema a resolver.

El hombre sufre de diversas formas, fruto de las innumerables situaciones que tiene que vivir. La Salvifici Doloris las engloba en dos: el sufrimiento físico y el sufrimiento moral.

El sufrimiento físico es el dolor del cuerpo y el moral es el dolor del alma.

El sufrimiento físico nos invita a reflexionar sobre el cuerpo, sobre nuestra corporeidad, haciéndonos comprender que somos físicos y finitos, que somos mortales y tenemos un límite temporal finito.

El sufrimiento moral nos invita a reflexionar y a hacernos preguntas más profundas como: ¿por qué a mí? ¿por qué ahora? ¿qué puedo yo hacer para aprender de esta situación? ¿qué puedo hacer para superarla? El sufrimiento moral nos lleva a cambiar la pregunta del ¿por qué sufrir? por la de ¿para qué?

Pero lo importante no es sufrir, pues todo hombre experimenta el sufrimiento, sino la actitud que se toma ante el mismo.

No hay sufrimientos que destruyen y sufrimientos que ayudan a crecer, hay personas que se enfrentan de una u otra forma al sufrimiento. No depende de qué tipo o de cómo sea el sufrimiento sino de la actitud que se tome ante el mismo. Así, ante el sufrimiento se pueden tomar las siguientes actitudes:

- **Amargura:**

Esta actitud nos llevaría a entender el sufrimiento como un castigo. Las personas que toman esta actitud no creen, no confían y en el fondo les queda un vacío. Convierten el sufrimiento en el centro de sus vidas y terminan desesperados por considerar que es un sufrimiento inútil y sin sentido.

- **Resignación:**

Es la actitud de aquellos que se deshacen ante el sufrimiento, se puede llegar hasta a perder las ganas de vivir.

- **Huida:**

Es la actitud de aquellos que tratan de esconder el sufrimiento donde no se vea, rodeándose de murallas internas para que no hiera. El sufrimiento hay que eliminarlo. Es el miedo a sufrir.

- **Pequeñez:**

Es la actitud de aquellos que se empequeñecen ante él, intentan despertar la compasión y la lástima, midiendo y comparando constantemente su sufrimiento con el del resto para probar que ellos sufren más.

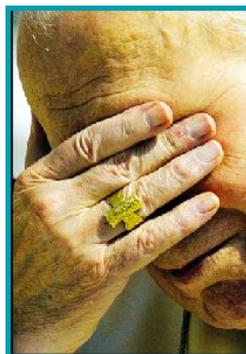
- **La actitud del creyente:**

Quienes la adoptan crecen con el sufrimiento, sufren como los demás, se rebelan, dudan, preguntan y rezan. Se enfrentan y maduran, tratando de dar un sentido a su sufrimiento.

Esta es la virtud real del sufrimiento, ante él, el hombre se revela como lo que realmente es: el sufrimiento lo desnuda y le ayuda a recolocar su escala de valores.

El cristiano acepta el sufrimiento cobijándose en Dios y descubre cómo la fe no impide la experiencia del sufrimiento sino que la redimensiona, haciendo que tenga un significado distinto.

La experiencia de Karol Wojtyla



El hombre no está solo en el misterio del sufrimiento, hay quienes ya han pasado por ahí dejando sus huellas.

La aportación de Juan Pablo II al sentido cristiano del dolor brota sin duda de su propia experiencia.

Ya desde muy niño conoció el sufrimiento con la muerte de su madre cuando él tenía 10 años y de su hermano un par de años después.

Posteriormente y ya joven, vivió los horrores de la II Guerra Mundial, incluido el intento de borrar a Polonia del mapa y de destruir a la Iglesia Católica. En medio de este caos tuvo que cuidar a su padre enfermo que murió poco después. Finalizada la guerra tuvo que soportar la humillación y la pobreza posterior en un país (Polonia) dominado por el comunismo, manteniendo su cristianismo de forma clandestina y con riesgo de su propia vida.

Elegido Papa en 1978, su labor pronto quedó marcada por el grave atentado sufrido a manos de un terrorista en 1981.

Poco después, en 1984, vio la luz una carta apostólica dedicada al sentido cristiano del sufrimiento humano: “*Salvifici Doloris*”. Tanto la carta como los distintos documentos que escribió, constituyen la base de la reflexión de esta tesina. Entre ellos destacaremos el Ángelus del 29 de mayo de 1994, en el que el Santo Padre hizo una importante referencia al sufrimiento, recordando los momentos de dolor y consternación que habían acompañado al atentado que sufrió el 13 de mayo de 1981:

“Por medio de María quisiera expresar hoy mi gratitud por este don del sufrimiento (...) He



comprendido que es un don necesario. (...) Durante mi hospitalización he comprendido que debo llevar a la Iglesia de Cristo hasta el tercer milenio con la oración, con diversas iniciativas, pero he visto que eso no basta: necesitaba llevarla con el sufrimiento (...) ¿Por qué ahora? ¿Por qué en este año de la familia? Precisamente porque se amenaza a la familia, porque se la ataca. El Papa debe ser atacado, el Papa debe sufrir, para que todas las familias y el mundo entero vean que hay un evangelio superior: el evangelio del sufrimiento, con el que hay que preparar el futuro, el tercer milenio de las familias, de todas las familias y de cada familia.”

EL PROBLEMA DEL SUFRIMIENTO Y LA PREGUNTA POR EL MAL

El por qué de la existencia del sufrimiento en un mundo creado por un Dios bueno y misericordioso tiene su origen en la necesidad de dar libertad al hombre dentro de un mundo físico, imperfecto y en constante evolución.

Dios permite el mal para que el hombre por medio de su libertad sea capaz de crecer y madurar en la búsqueda del bien, por sí mismo, como un acto personal y libre de cada uno.

Es importante distinguir entre el mal físico y el mal moral:

El mal físico es inherente a la condición física del hombre y de la creación. El hombre es un ser limitado y con un horizonte temporal finito, estando sujeto a la enfermedad y a la muerte.

Ese mundo en constante evolución en el que vivimos, tiene también una caducidad física y finita, propia de su esencia física, por lo que las calamidades provocadas por los desastres naturales tales como terremotos o inundaciones son testimonios claros de lo que podemos llamar el mal físico.

El mal moral, sin embargo, requiere de la libre voluntad del hombre para su realización, comporta culpabilidad, y este mal, en palabras de Juan Pablo II “*Dios no lo quiere*”. El mal moral es radicalmente contrario a la voluntad de Dios y su autor es exclusivamente el hombre, al haber hecho un mal uso de su libertad.

En definitiva, Dios permite ese mal porque para Dios es mucho más importante que seamos realmente libres, aun cuando por el pecado, podamos ejercitar esa libertad para rebelarnos y obrar mal no sólo con nuestro prójimo sino hasta contra nuestro propio creador.

Para Juan Pablo II: “*El mal es siempre la ausencia de un bien*” por lo que realmente es una carencia.

Pero añade que nunca es la ausencia absoluta del bien, pues el mal es capaz de

desarrollarse en el terreno sano del bien y además siempre hay una parte del bien que el mal no consigue destruir y que se difunde a pesar del propio mal.

Juan Pablo II lo explica diciendo que Dios no podía crear seres humanos libres de sufrimientos, porque el ser humano no puede dejar de ser finito (a diferencia de Dios) y libre (a diferencia de los animales). Dios no quiere el mal pero lo permite, como una consecuencia lógica de nuestro mundo físico y finito.

Realmente la existencia de un mundo completamente bueno sin dolor, sin males ni sufrimientos, no tendría sentido ya que privaría al hombre de su responsabilidad en el ejercicio de su libertad.



CAPÍTULO 2

“LA SALVACIÓN DE JESUCRISTO COMO RESPUESTA AL PROBLEMA DEL SUFRIMIENTO”

2.1. LA REDENCION DEL SUFRIMIENTO A LA LUZ DE LA MUERTE Y RESURRECCION DE JESUCRISTO

Cristo, el Verbo encarnado, confirma con su propia vida que Dios está al lado del hombre en su sufrimiento. Jesucristo era sensible a todo sufrimiento. Se acerca al que sufre:

- Al excluido por la sociedad de entonces (el leproso) y le restablece en su dignidad humana. Así Jesucristo nos invita acercarnos al que más sufre, al más apartado de la sociedad que hoy sería el inmigrante, el drogadicto, el que padece sida, el que vive en la calle...

- Al que tiene miedo a sufrir (como Pedro en medio de la tempestad). Cuando uno se centra en su sufrimiento no es capaz de ver más allá del dolor. Es importante elevar la mirada a Jesucristo y dejar que resuene en el corazón sus palabras: ¡ánimo, soy yo, no temáis!
- Al que sufre fruto de una enfermedad (la hemorroisa). La hemorroisa quiere sanarse y hace todo lo que puede por acercarse a Jesús. Y es que el sufrimiento desarrolla en el enfermo una fuerza interior que sorprende y enriquece a los que le rodean. Es muy importante tener en cuenta esta reflexión para la Pastoral de la salud: no sólo hay que acompañar al enfermo sino iluminar y consolar a los que día tras día lo cuidan.
- Jesucristo está cerca también de los que sufren porque se sienten pequeños e inútiles para ayudar al que lo necesita (multiplicación de los panes y los peces). Sea cual sea la necesidad o el origen del sufrimiento, la invitación es a poner lo que somos y lo que tenemos al servicio de los demás. El obrará el milagro.
- Jesucristo explica cómo el sufrimiento no es fruto de los pecados cometidos (curación del ciego de nacimiento) sino para que se manifiesten en él las obras grandes de Dios. Dios no es juez castigador.

Pero Jesucristo no se limitó a acompañar al que sufre, Él también vive su propia historia de sufrimiento:

Jesucristo lloró y tuvo miedo en la noche oscura de Getsemaní. La clave fue la confianza en el Padre, se abandonó en Él: *“Si es posible que pase de mí este cáliz pero no se haga mi voluntad sino la tuya”*.

Jesucristo muere en la cruz: No es sufrir lo que buscaba Jesucristo en su caminar hacia la muerte, sino la obediencia a Dios y el amor por el hombre.

El sufrimiento es un misterio al cual Cristo no responde sino que llama al hombre para que le siga: *“Coge tu cruz y sígueme”*. Se trata de que el hombre colabore con Él en la salvación del mundo.

2.2. EL EVANGELIO DEL SUFRIMIENTO

Se trata de ver ahora cómo las Escrituras se convierten en un auténtico evangelio del sufrimiento si reflexionamos sobre algunos de sus protagonistas para ver cómo todos ellos vivieron la experiencia del dolor y cómo se enfrentaron a ellas.

Así, a modo de ejemplo, vemos como Job era un hombre bueno. Su vida estuvo llena de tragedias pero él siempre confió en el Señor. No se trata de aceptar con resignación todo lo que al hombre le venga, sino de abandonarse en el misterio, como hizo Job, un misterio que con la razón no se puede comprender, pero que cuando se acepta, hace crecer al hombre.

También San Pablo nos muestra cómo el sufrimiento es una forma de participar en los sufrimientos de Cristo y por tanto participar también de su consuelo.

El sufrimiento es una forma de completar la obra de Redención de Cristo para bien de su cuerpo, que es la Iglesia.

2.3. LOS FRUTOS DEL SUFRIMIENTO

Crecer desde el sufrimiento consiste en reconocer y agradecer las cosas positivas que le llegan al hombre a través de las experiencias vividas, experiencias que en un primer momento pueden producir desconcierto y tristeza. Significa que el hombre ha de ser capaz de ver más allá del acontecimiento concreto que está viviendo, con la esperanza de que aun en la oscuridad más absoluta es el Señor el que da sentido a su sufrimiento.

Crecer desde los sufrimientos supone que el hombre tiene que madurar a la luz de una experiencia que hace daño en su corazón.

Se trata de mostrar cómo el sufrimiento madura y hace crecer al hombre cuando este lo acepta, al igual que es capaz de hacer daño al que se rebela.

2.3.1. EL SUFRIMIENTO AUTENTIFICA AL HOMBRE

Invita al hombre a ser más dueño de sí mismo. El sufrimiento ha de transformarse en etapa de lucha interior, de maduración y de crecimiento personal. Si se acepta como un obstáculo, el hombre tomará conciencia

de quien es realmente, con sus virtudes y sus defectos, siendo capaz de este modo de poner sus dones al servicio del sufrimiento, para iluminarlo convirtiéndolo en vía de conocimiento y crecimiento personal.

Muestra la razón de ser del hombre.

Cuando el sufrimiento llama a la puerta de la vida del hombre es importante recordar que la razón de su vida no se basa en Tener sino en el Ser. El sufrimiento ayuda a quitar las máscaras y a reordenar la escala de valores de cada uno.

Hace a todos los hombres iguales.

Cuando el hombre acepta el sufrimiento como vía de crecimiento y comunión con Dios y con el resto de los hermanos, se desarrolla en el una sensibilidad especial para captar y comprender el sufrimiento de los demás, desarrollando la virtud de la empatía. El que ha sufrido con una situación concreta tiene la facilidad de conmoverse con los que pasan por una situación similar, pues conoce de primera mano ese dolor, lo que le capacita para ponerse en la piel del que lo sufre.

2.3.2. EL SUFRIMIENTO SANTIFICA AL HOMBRE

El sufrimiento como ofrenda. Una vía de aceptación del sufrimiento es el ofrecimiento del mismo como sacrificio ante los ojos del Señor. Así y aun en los momentos de la oscuridad más absoluta, podremos al menos dar sentido a nuestro sufrimiento ofreciendo nuestro dolor al Señor, aun cuando esto sea lo único que podemos ofrecerle en ese momento.

El sufrimiento invita al amor. Juan Pablo II dijo: *“El sufrimiento está en el mundo para provocar amor, para hacer nacer obras de amor al prójimo”*

Amor de quien sufre y Amor de quien comparte, acompaña y compadece el sufrimiento haciéndolo suyo.

Amor de Cristo quien abrazó con su cruz y en su cruz todo el sufrimiento humano, transformándolo en ofrenda sublime por Amor al Padre y a todos los hombres.

Así el sufrimiento es invitación a amar al otro, y el amor todo lo puede y todo lo cura.

El sufrimiento llama a la esperanza. “*Dichosos los afligidos porque ellos serán consolados*”. Esta bienaventuranza es una llamada a la esperanza cristiana, que es esperanza de consolación, esperanza de ser liberados de todo sufrimiento.

El sufrimiento invita a la paciencia. Muy ligada a la esperanza está la paciencia, no como una actitud pasiva sino activa, no como simple aceptación sino más bien como un no-abatimiento, peleando para aguantar en medio del dolor y del sufrimiento y resistiendo incluso en las situaciones más difíciles.

El sufrimiento llama a la perseverancia. Perseverancia para soportar el dolor con una actitud positiva. Esta virtud da al hombre la fuerza interior que le permite llevar a buen término su caminar en el sufrimiento, desarrollando en él una fuerte autoestima y un profundo sentido del compromiso consigo mismo y con los que le rodean.

2.3.3. EL SUFRIMIENTO HACE QUE EL HOMBRE MADURE ESPIRITUALMENTE

Invita a la oración. Ante el dolor desgarrado y aun en la más profunda desolación, es importante acudir a la oración, como fuente de paz y de acogida en los brazos del Padre, para confiar y ponerse en manos del Señor.

Invita a vivir la Eucaristía. La Eucaristía es la Palabra de Dios hecha carne, es el alimento que sostiene la vida cristiana incluso en los momentos de sufrimiento y oscuridad.

La Eucaristía es memorial y recuerda el don de la vida entregada a los demás, recuerda al hombre que aunque parezca que está solo y abandonado de todo y por todos, no lo está. Recuerda que entregar la vida por los demás no es perderla sino ganarla y nos recuerda que el dolor tiene un sentido y un significado.

La Eucaristía es el crucificado aquí y ahora, nos recuerda la presencia de todo un Dios en Jesús su Hijo, que fue capaz de compartir nuestros sufrimientos dándonos un sentido infinito guiado por el amor del Padre. Reforzando así la convicción de que día a día con nuestra voluntad y con la ayuda del Señor podemos superar el dolor y la muerte que nos rodean.

CAPÍTULO 3 “EL SUFRIMIENTO EN EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA”

3.1. EL AMOR CONYUGAL VENCE AL SUFRIMIENTO

Entre todos los tipos de amores humanos hay uno especialmente relevante, es el amor entre un hombre y una mujer: el amor conyugal. Es el plan originario de Dios que creó al hombre por amor y lo ha llamado a amar de una forma concreta: en el matrimonio.



El amor conyugal vence el sufrimiento porque tiene sus raíces en el matrimonio y éste no es un acto puramente humano sino que pertenece al designio creador de Dios: “*Es el mismo Dios el autor del matrimonio*” (GS 48).

El amor conyugal vence el sufrimiento si el matrimonio es capaz de enfrentarse unidos al dolor. Y esto sólo es posible si existe un diálogo profundo entre los esposos. No se trata de compartir lo que pasa cada día, los problemas con los hijos sino comunicar al cónyuge cuáles son los sentimientos, los miedos y las preocupaciones.

Es importante el encuentro matrimonial habitual en el que los esposos comparten cómo se encuentran, cómo se sienten, qué necesitan. Y es importante hacerlo porque en el sufrimiento el corazón de la persona que sufre y el de la que lo acompaña, está especialmente sensible y angustiado.

A veces para llegar a esta comunicación profunda no se necesitarán las palabras, simplemente un beso, una mirada, entrelazar las manos...

No sólo es fundamental que los esposos dialoguen profundamente sino que también es importante que lo hagan en presencia de Dios, a la luz de su palabra. En la tesina se reflexionan sobre algunos pasajes de las Escrituras que dan luz al sufrimiento del matrimonio:

Quizás el más conocido sea el del Libro de Tobías: Tobías y Sara tienen miedo. Por eso le piden ayuda al Padre. Quieren vivir juntos y felices hasta la vejez. Pero saben que solos no es posible.

En el Cantar de los Cantares, que es un conjunto de poemas de amor que pueden ayudar a los matrimonios a reflexionar sobre las características de su amor: ¿es total? ¿es fiel? ¿es exclusivo? ¿es fecundo? ¿es recíproco?

3.2. EL CÓNYUGE COMO BUEN SAMARITANO

Quizá la interpretación más común de la Parábola es aquella que muestra cómo el auténtico amor es el que se adapta a las necesidades del prójimo y exige renuncia y sacrificio del que la hace. Y esto es el amor de Cristo, buen samaritano del hombre que sufre. Nosotros hemos querido añadir una personal interpretación fruto de la reflexión matrimonial, por la cual cada cónyuge se ha de convertir en buen samaritano de aquel con el que contrajo matrimonio, porque es su prójimo más próximo. Es una invitación a amar al cónyuge con el mismo amor misericordioso con el que el samaritano ayudó y atendió al necesitado.

“BAJABA UN HOMBRE DE JERUSALÉN A JERICÓ, Y CAYÓ EN MANOS DE SALTEADORES, QUE, DESPUÉS DE DESPOJARLE Y GOLPEARLE, SE FUERON DEJÁNDOLO MEDIO MUERTO”.

Bajar de Jerusalén a Jericó es lanzarse a vivir la aventura del matrimonio, desear emprender el camino del amor conyugal, aun sabiendo que aparecerán los ladrones y salteadores que lo ponen en peligro porque ofrecen una felicidad inmediata basada en el egoísmo y el culto al placer: vive tu vida y se feliz.

“CASUALMENTE, BAJA POR AQUEL CAMINO UN SACERDOTE Y AL VERLE, DIO UN RODEO. DE IGUAL MODO, UN LEVITA QUE PASABA POR AQUEL SITIO LE VIO Y PASÓ DE LARGO”.

El sacerdote y el levita podrían ser el cónyuge que no se entrega, aquel que cumple con la norma social pero que a la primera de cambio, opta por el yo. Decide que es más

fácil y rentable luchar por el bien propio por encima del bien común y con ello, da un rodeo o pasa de largo, dejando a su cónyuge necesitado. Es el momento de reflexionar sobre los fundamentos en que se apoya el matrimonio en nuestra sociedad: si no funciona, sepárate; si los hijos exigen sacrificios, no los tengas; si tu cónyuge no te hace feliz, déjale; si la enfermedad le incapacita, no pierdas la vida cuidándole; si has engendrado un hijo y no era el mejor momento, aborta...

Ante esta visión del matrimonio, los cristianos somos llamados a proclamar la Verdad sobre el matrimonio y la familia, pues si no se caerá en la tentación de crear un matrimonio “a la carta” basado en apetencias y satisfacción de deseos.



“PERO UN SAMARITANO QUE IBA DE CAMINO LLEGÓ JUNTO A ÉL Y AL VERLE TUVO COMPASIÓN; Y ACERCÁNDOSE VENDÓ SUS HERIDAS ECHANDO EN ELLAS ACEITE Y VINO; Y MONTÁNDOLE SOBRE SU PROPIA CABALGADURA, LE LLEVÓ A UNA POSADA Y CUIDÓ DE ÉL”.

El samaritano se para, hace tiempo entre las muchas ocupaciones para ayudar a aquel hombre.

Es tan difícil integrar la vida laboral, familiar y pastoral que a veces se olvida que hay alguien muy cerca, el cónyuge, que está sufriendo. No se tiene tiempo para atenderlo, escucharle, preguntarle qué necesita para ser feliz.

El esposo buen samaritano, es aquel que es capaz de ver la necesidad y el sufrimiento de su cónyuge, aquel que se para y se dedica al otro por entero, antepone sus necesidades a las del otro, se despoja de todo lo suyo y lo aporta al matrimonio.

Una vez que hace esta primera cura, lo pone en su cabalgadura y lo lleva al mesón, que es la presencia de Dios, para que cuiden de él. Cuando un cónyuge sufre es importante que el otro no sólo le da la ayuda física, material, psicológico que necesita: debe sobre todo darle una ayuda espiritual: ayudarlo a que se refugie en el Señor para que le conozca en su amor más profundo al hombre: en la cruz.

“Y AL DÍA SIGUIENTE, SACANDO DOS DENARIOS, SE LOS DIO AL POSADERO Y DIJO: CUIDA DE ÉL, Y SI GASTAS ALGO MÁS, TE LO PAGARÉ CUANDO VUELVA”.

El samaritano dijo al posadero: cuida de él. El hace todo lo que está en sus manos; el resto lo deja en manos del Señor. El cónyuge ha de hacer todo lo que está en sus manos para ayudar a su esposo. Pero también ha de aceptar, con impotencia y humildad, que será el Espíritu del Señor el que ayudará a su esposo a afrontar el sufrimiento.

3.3. EDUCAR PARA EL SUFRIMIENTO. EL SUFRIMIENTO COMO PEDAGOGIA

En este capítulo se trata de ver cómo los padres deben educar a sus hijos para el sufrimiento, cuando la sociedad actual ofrece justo lo contrario: educar a los hijos en el placer inmediato, la comodidad, la falta de compromiso, en lo fácil, en los derechos pero no en las obligaciones.

3.3.1. EDUCAR EN VIRTUDES COMO FORTALEZA FRENTE AL SUFRIMIENTO

Se trata de desarrollar en nuestros hijos los hábitos necesarios que les ayuden a ser buenas personas, esto es: hacer de nuestros hijos personas virtuosas.

Para conseguir esto será necesario educar la inteligencia, mostrándoles la verdad. Y educar su voluntad para que desarrollen un espíritu crítico que les permita diferenciar lo que está bien de lo que está mal.

3.3.2. EDUCAR EN LA ORACION COMO LUZ AL SUFRIMIENTO

Como Iglesia doméstica, los padres deben educar a los hijos en la oración familiar, para alabar y dar gracias al Señor por el don de la vida, y para pedirle fuerzas para afrontar los

momentos de dificultad y sufrimiento sin perder nunca la esperanza.

Por la mañana. Para dar gracias a Dios por el nuevo día que amanece.

A media mañana con el rezo del Ángelus, mostrando a los hijos la figura de María.

En la bendición de la mesa, dando gracias a Dios por los beneficios recibidos.

En el rezo del Rosario, en el que, en familia, podemos hacer presentes a todos los que nos rodean y están sufriendo.

Por la noche, para revisar el día, dar gracias por lo recibido y pedir perdón por aquello que no hemos hecho bien.

3.3.3. IDEAS PARA TENER EN CUENTA PARA EDUCAR EN EL SUFRIMIENTO

Por último aportamos una serie de ideas para tener en cuenta a la hora de educar a los hijos:

- Hacer de los hijos personas fuertes y prudentes.

Ante un acontecimiento de sufrimiento los padres han de ayudar a los hijos para que no se queden en el dolor que produce, sino que actúen y se enfrenten al mismo.

El objetivo será que sepan luchar con las armas de este mundo pero siendo conscientes de que el sufrimiento no es el final sino el principio de un misterio que hay que descubrir y aceptar.

- Hay que poner normas y límites.

Los padres han de fijar a los hijos unas normas: que sean pocas, claras y bien definidas.

La familia no es institución democrática sino jerárquica, donde los padres con unos criterios claros, deciden por los hijos, hasta que éstos sean capaces de decidir por sí mismos.

No hay que darles todas las facilidades del mundo, sino que hay que establecer límites para mostrarles lo que está bien y lo que está mal.

Hay que enseñarles que no siempre se puede hacer lo que uno desea y no por ello deja de ser feliz.

- Hay que hacerles ver que lo importante es el ser no el tener.

Los hijos han de sentirse satisfechos consigo mismos, con lo que son, con sus virtudes y sus defectos, tenemos que potenciar su autoestima porque con ella se enfrentarán a las dificultades de la vida.



Los hijos han de aprender a disfrutar con lo que hacen y tienen en cada momento, si no estarán siempre añorando lo que no poseen, desarrollando así una envidia que les hará sufrir por cosas carentes de valor y sentido.

Las cosas que realmente se valoran son aquellas que se hacen con esfuerzo y entrega.

- Hay que ayudarles a aceptar el fracaso.

Hay que enseñar a los hijos a aceptar situaciones que les incomodan y disgustan: un suspenso, un enfado con un amigo, un desengaño amoroso, una reprimenda...

Lo contrario sería sobreprotegerlos y con ello no se les dejaría crecer. Y para crecer y madurar, hay que cambiar, hay que sufrir, dudar, perder la paz... y hay que hacerlo solo, aunque guiado por los padres.

Afrontar frustraciones forja una personalidad sana, equilibrada y madura.

- Y por último, y no por ello menos importante, tenemos que tener claro que **los hijos son Hijos de Dios.**

Los padres han de tener presente que sus hijos no se les dan en propiedad sino que se les encomiendan.

La tarea de los padres es ayudarles a encontrar la vocación a la que han sido llamados.

Ayudarles a ser personas responsables y libres, con el fin de que un día puedan escribir su propia historia.

A modo de conclusión, se podría decir que en la vida de todo hombre y en la historia de cualquier matrimonio aparece el sufrimiento. Cuando se experimenta uno se siente mal, perdido, triste. Pero lo importante no es preguntarse por qué sufrir sino para qué, qué sentido tiene este sufrimiento en la propia vida y en la de los demás.

El sufrimiento purifica, marca un antes y un después en la historia del hombre que lo padece, hace encontrar los caminos de la oración y la solidaridad, especialmente con los que más lo necesitan. Hay que alzar la mirada al Padre para que sea Él el que lo ilumine. No para quedarse parado contemplando el dolor sino para convertirse en protagonista activo del sufrimiento. Hacer todo lo que esté en las manos del hombre para paliarlo. El resto será obra del Padre.

En definitiva, el sufrimiento es compañero inseparable del ser humano. Es un mal del que el hombre puede sacar provecho si lo ilumina por la luz de Cristo crucificado pues invita a coger la propia cruz y colaborar con Él en la salvación del mundo. Es un misterio que el hombre tiene que aceptar aun sin comprender, sabiendo que le ayudará a ser más santo.

Los matrimonios han de mantenerse unidos en el sufrimiento y hacer de él una auténtica pedagogía para sus hijos. ■

AUTORES

Francisco José Rodríguez Cortés y M^a Carmen Tarancón Merlo

Matrimonio de Pozoblanco (Córdoba). Ambos son Licenciados en Ciencias Económicas y Empresariales y padres de familia.